

LA CAMPANA

Montevideo Viernes 17 de Mayo de 1878

DIRECTOR — LUIS REVUELTA

Año I — Núm. 51

DIARIO DE LA TARDE

ALMANAQUE

SABADO 18—Santos Félix Cantaleiro y Yencio.

CONDICIONES

Este diario se publica por la imprenta calle Mercedes número 173.

Suscripción mensual, 1 peso

(Papelera adelantada)

AVISOS Y SOLICITADAS

Se reciben hasta las 2 de la tarde en la oficina de Redacción calle 25 de Mayo núm. 110 y pasada esa hora en esta imprenta.

CORRESPONDENCIA

Trinidad, mayo 16 de 1878.

Señor Director de La Campana:

Tosca es mi pluma para ser correspondiente de su ilustrado diario, pero confiado en la benevolencia de sus numerosos lectores, que han de prescindir de figuras retóricas y elegante forma, para apreciar la verdad de los hechos que narro, he hecho la resolución de dirigirme esta primera correspondencia.

Unida quizás no conozca personalmente este pueblo.

Fue creado el año 1801, bajo la advocación de la Santísima Trinidad.

Y tal ha sido su progreso en los pocos años que lleva de pueblo, que hoy cuenta con 2,000 habitantes; 100 casas de comercio de diferentes géneros, dos hoteles, etc., etc.

Y para dar una idea avanzada de la sociedad de Trinidad, baste saber que hace tres meses que es sosteniendo una compañía dramática, dirigida por el distinguido actor García Delgado, que vive no trabajando con éxito admirable.

Y mire usted que los tiempos no están para teatro.

En cuanto a edificios públicos, carece de ellos; y decimos carece, porque el pueblo Trinidad es acreedor a algo mejor que lo que tiene.

Hoy solo cuenta con un edificio que medirá 43 varas de largo por 6 y media de ancho.

Y este, dividido convenientemente, está ocupado por las oficinas de la Comisión Auxiliar y la Sub-Delegación de Policía.

Me consta que ahora se preocupa el señor Sub-Delegado de la construcción de una plaza contigua a su oficina y que para el efecto cuenta con el apoyo del señor Jefe Político.

Hay además, en la misma manzana, otro hermoso edificio que es ocupado por una escuela de varones.

Luego, al fondo de esos edificios, hay varias plazas que sirven de cuadra a la Policía y al piquete del 1.º de Cazadores, que está destacado en este punto.

Y después de esto, paremos de contar.

La agricultura no es aquí donde mas atrasada se encuentra.

El año pasado hubo labrador que recogió 200 fanegas de trigo.

Pero hay una dificultad que puede influir mucho para que los brazos trabajadores no vengán a nuestro ejido, y esta consiste en la falta de una mensura que deslinde las respectivas posesiones de los pobladores de esas tierras.

La que se practicó por el agrimensor Isola, es hoy deficiente.

Las propiedades están confusas; y los mismos pobladores no se atreven hoy ensanchar sus propiedades por temor de que la nueva mensura no les traiga perjuicios de consideración.

En mi concepto, please con tinio; y deber es de la Comisión Auxiliar preocuparse de remediar ese mal, salvando los inconformes que hoy se oponen al desarrollo del progreso.

El medio es uno:—la mensura.

La Comisión del Jockey Club, existente en la jurisdicción, trata de que haya carreras fúgiles en este pueblo el 19 y 20 de Junio próximo. La idea es brillante y ojalá se realice. Esas clases de reuniones, tan numerosas como suelen ser, dan un gran impulso a las poblaciones. Y el comercio comprendiéndolo así, ha iniciado una suscripción con el objeto de facilitar esas carreras, suscripción que alcanza ya a 200 pesos.

Para el 23 del corriente se anuncian grandes fiestas.

Sortijas, carreras, fuegos artificiales, y una lucida función en nuestro *peñón coltito*.

La cosa estará buena; pues, y de ello lo prometo una reseña.

Desearía ser mas extenso pero me falta tiempo. En mi próxima, (si es que esta no va al carnero) le hablaré de algunas mejoras de que carece Trinidad, tratando algunos otros puntos de reconocido interés público. Hasta entonces lo saluda.

Horacio.

PRENSA ARGENTINA

Asuntos de Corriente

Es sabido que al desarmarse la revolución de Corrientes se negaron sus jefes a entregar un número de fusiles remingtons de que disponían.

Esas armas acaban de entregárselas ahora al Coronel Arias, expresándose en las notas que publicamos en seguida, que si antes no lo habían hecho los revolucionarios, no fue por desear las órdenes del Gobierno Nacional, sino por no hacerlo al Interventor Dr. Plaza, a quien los revolucionarios no deben sino muchas desgracias y una parcialidad por Derqui que hace que hoy se vean víctimas de persecuciones de todo género.

Los revolucionarios entregan hoy esas armas al coronel Arias, por que ven en él un Interventor que con su imparcialidad y la rectitud de sus procedimientos les da garantías de sus derechos y de sus libertades.

Esto le demostrará al doctor Avellaneda, que mas se consigue con los buenos modales y los procedimientos rectos, que con la violencia, las persecuciones y la parcialidad que ejerció el doctor Plaza en Corrientes.

La entrega que los revolucionarios hacen de sus últimas armas al coronel Arias, es una prueba en palmar de que aquel pueblo de Corrientes, está dispuesto a someterse a la justicia, pero en manera alguna a las imposiciones de la fuerza.

El que tiene conciencia de sus derechos y de su fuerza y quiere hacerlas valer hasta en estos detalles, pueriles a la simple vista, por que se trata de hechos insignificantes, pero que no lo son si se considera que está dispuesto a proceder del mismo modo en todos sus actos.

He aquí ahora las notas que le fueron dirigidas al Coronel Arias por dos de los jefes de la revolución de Corrientes:

Corrientes, Abril 30 de 1878.

Al Sr. Interventor Interino y Jefe Superior de las fuerzas Nacionales, Coronel D. José I. Arias.

Tengo conocimiento que V. E. se ocupa en recoger unas armas, que por mi orden fueron ocultadas, no por desobedecer la orden de desarme, dada por el Excmo. Sr. Presidente de la República, sino porque dichas armas eran pertenecientes a, y su entrega no afectaba el hecho capital que se tenía en vista: el acatamiento.

Tengo el gusto de poner a disposición de V. E. las mencionadas armas, que se encuentran en la campaña, a guisa de prueba por esto la profunda confianza que V. E. me inspira y la seguridad que V. E. tendrá de mi obediencia y acatamiento a la autoridad que le invade.

No he dado antes este paso, porque no es por medio de la fuerza y persecución, como el señor Ministro Plaza lo quiere, que se ha de conseguir nada de nosotros.

Pero hoy que la confianza renace y las garantías ofrecidas por el Presidente se cumplen; hoy que se trata con justicia y no se nos persigue y encarcela, como un acto de deferencia a su persona y de gratitud por su proceder imparcial y recto, me desprendo con gusto de esas pocas armas y lo pido al aceto.

Aprovecho esta ocasión para ofrecer mis servicios.

Dios guarde a V. E.

Firmado—Basiliano Ramirez.

Goya, Mayo 2 de 1878.

A S. E. el Sr. Interventor Interino y Jefe Superior de las fuerzas nacionales, coronel D. José I. Arias.

Tengo el honor de dirigirme a V. E. con el objeto que paso a exponer:

Cuando las fuerzas vinieron a desarmarse en esta ciudad, mi hermano, el comandante D. P. A. S. E. el Sr. Interventor Interino y Jefe Superior de las fuerzas nacionales, coronel D. José I. Arias.

Sin embargo, después, con sorpresa de todos, se vio que los comisionados del Gobierno y el mismo Ministro Dr. Plaza, hacían cuestión de esas pocas armas, apresar a ciudadanos y tomar medidas irritantes, como si se tratara de armas del Estado o del gobierno tuviera derecho a ellas.

Por diferencia personal hacia los señores comisionados, podíamos haber entregado esas armas después de sus exigencias; pero ninguna debíamos guardar a los que tampoco tenían con nosotros consideración alguna, burlando por el contrario tratado de rearmar en todo sentido hasta llegar a arrancarnos algunos jefes y oficiales sus propias espadas en el acto del desarme, persiguiéndonos en seguida con diversos pretestos.

Hoy que V. E. se encuentra representando en la Provincia la Intervención Nacional, ya desapareció esta razón especial, puesto que V. E. no ha dado mas que pruebas de imparcialidad, de justicia y de patriotismo, en el desempeño de las comisiones que le han confiado, mereciendo por esta razón y por sus honorables antecedentes, plena confianza a todos, y teniendo además conocimiento que el Gobierno Nacional desea tovar a recoger esas armas, tengo la satisfacción de poner a disposición de V. E. los fusiles que anteriormente he mencionado. Se encuentran en la campaña, y los mandaré entregar al comisionado que V. E. designe.

Debo por último permitirle hacer presente a V. E. que esos fusiles son de propiedad particular, y que representando algun valor, desearía que el Excmo. Gobierno Nacional no los entregara a la Provincia, y si, que los conservara en depósito como mas creyera conveniente a disposición de su dueño, cuyo nombre oportunamente mencionaré.

Con este motivo tengo el placer de saludar a V. E. con mi mas distinguida consideración.

Firmado—Juan E. Martinez.

VARIEDADES

La Penitenciaría de Buenos Aires (Continuación)

El número 36 es un muchacho de veinte y cinco años, que no cree en Dios ni en el diablo, que desprecia los hombres y se burla de las mujeres, y que a haber tenido teatro hubiera sido un émullo del famoso Luigi Vampa.

Una tarde, la diligencia que iba al Arul cruzaba la pampa cuando los viajeros que dormitaban en su fondo, se despertaron sobresaltados al ruido de varias voces que gritaban:

—¡Pare cocherol!

Y al mismo tiempo pudieron ver cuatro gauchos que sujetando sus caballos, apuntaban con carabinas al conductor de la diligencia y a dos peones que la custodiaban.

El carruaje paró en el acto, y entonces uno de los gauchos, echando p. d. a tierra, abrió su puerta y dirigiéndose a una muchacha que salía y temblando miraba aquella escena, le dijo con voz tierna:

—¡Baja María!

Y la muchacha, obedeciendo aquella voz que acariciaba su corazón como una música, iba a bajar, cuando una mano la detuvo, gritando al gaucho:

—Fuera bandol!

Y se vio una mujer de aspecto enérgico que levantándose furiosa increpó a sus compañeros de viaje su cobardía, escitándolo a la defensa.

—¡Baja María!

Y la muchacha volvió a repetir el gaucho, en cuyos ojos brilló un relámpago sombrío.

—Ven a arrancármela si te atreves, exclamó la mujer cruzándose en la portezuela de la diligencia.

Entretanto los viajeros empezaron a murmurar, queriendo revelarse contra los asaltantes.

Pero el gaucho, de un brinco subió al carruaje y tomando a la mujer por ambos brazos, la bajó a tierra, apesar de los gritos y las sacudidas violentas que daba.

—¡Infame asesino! exclamaba echando la mujer. ¿Qué No hay un hombre que me defienda?

Y escupió furiosa al rostro del gaucho.

Entonces se vio palidecer a éste, alzar su carabina y dar con la culata un golpe tremendo sobre el cráneo de la infeliz.

Y junto con la caída de esta, volvió a subir a la diligencia, tomando en sus brazos a la llamada María que había perdido el sentido, viéndola caer a la mujer que la defendía.

Y bajando de un salto, subió a caballo, cruzó a la grupa su preciosa carga y dirigiéndose a sus compañeros les dijo:

—Lo que es ahora podéis desbalar a todos esos mandrást!

Y señalaba los viajeros que atónitos y cobardes habían contemplado en silencio, la escena que acabamos de referir.

Y avanzando las espuelas en el hijar de su caballo, se perdió en las llanuras, calentando con besos la boca helada de la mujer que llevaba en sus brazos.

El futuro número 36 dejaba tras sí un fatal reguero de sangre: había partido el cráneo de la madre de María.

Han pasado seis meses y María pálida pero hermosa, se mece en las faldas del número 36.

—No puedo olvidarme de mi madre! dice soltando una lágrima.

—Se cumplió su destino!... Ella pretendió esconderse a mis ojos, y cuando yo le perdonaba su odio y sus injurias, y solo quería tu amor, ella se atravesó de nuevo en mi camino y hasta me escupió en la cara. Olvida eso María y nunca me hables de semejante cosa.

Esta escena tenía lugar en un bonito rancho situado en la piza del pueblo del Arul, cuando apareció en escena un nuevo personaje.

Era uno de los gauchos que acompañara al número 36 en el salto de la diligencia.

Al ver a María se le iluminó el rostro, como si su alma hubiera entrado en el Paraíso; todo lo contrario del número 36 que mirándolo, sintió nubes de borrascas sobre su frente y fuego de infierno en su corazón.

Sin embargo, disimuló una sonrisa, y apretándole la mano le dijo:

—Bien venido seas, José. Como van nuestros negocios?

—Como nunca. Esta noche podemos dar el golpe en la estancia de Peralta, y aligando tus desos, podemos escapar en seguida a la Banda Oriental.

—Oh, sí, vámonos; exclamó María.

he dicho, tenía muchos altercados con su marido. La víspera de nuestra marcha, le confesó cuanto sabía, le dijo mis temores respecto a aquel viaje, y el resultado fue que aquella misma noche tuvo una fuerte explicación con don Eugenio y...

—De la cual resultaría sin duda suspenderse el viaje y que recayesen sobre usted todas las culpas que es así?—Interrumpió el marqués.

—Algo hubo de eso; pero no todo; de tal manera supo componerse don Eugenio, que su esposa se quedó contentada, y a los dos días emprendimos la marcha.

—¿Quedándose las señoras en París?

—Sí, señor, por lo cual Gregorio y yo, que precisé menie fuimos los designados para acompañarlas, temiendo de cualquier suceso inesperado y resueltos a evitarlo, nos armamos perfectamente y ni un momento nos separábamos uno ni otro del lado de la señorita Matilde y de su hijo. Como el estado de esta era tan delicado, viajábamos en una silla de posta haciendo jornadas muy cortas a fin de no fatigar a la enferma, y al llegar a la frontera nos detuvimos en un pueblito compuesto de su mayor parte de contrabandistas entre los cuales había no pocos ladrones, restos de las antiguas partidas carlistas. Apenas hubo cerrado la noche, salió don Eugenio de la posada y regresó a la alba de dos horas acompañado de un individuo de la peor estofa, que presentó a su cuñado como jefe de una partida de contrabandistas, el cual se encargaba, mediante una cantidad convenida de antemano, de introducir una buena cantidad de sederías que traía don Eugenio, quien decía que ni aun viajando debían desperdiciarse las ocasiones de hacer negocio. Ni a Gregorio ni

Efectivamente, la noche de aquel día el número 36 acompañado de sus tres amigos, cruzaba el desierto en silencio.

Al llegar a la estancia de Peralta, bajaron de sus caballos, y rodearon la casa. Un perro que dio la señal de alerta, cayó muerto en el acto. La máxima certidumbre de uno de los gauchos le hundió un puñal en el corazón.

Entonces se dirigieron a la puerta principal de la casa; la abrieron con ganadas, y un momento después estaban en un pequeño saloncito, débilmente iluminado por una luz que venía de un cuarto inmediato.

Todo parecía dormir en la casa, pues no se oía el mas leve ruido; así es que con grandes precauciones hicieron salir la cerradura de un escritorio, avanzándose sobre un rollo de billetes de Banco.

Pero aun no los habían tocado cuando resonaron varios tiros de revólver y dos de los ladrones cayeron dando gritos de rabia y de dolor.

Y al mismo tiempo apareció Peralta acompañado de dos hombres.

El número 36 y José que eran los que habían quedado de pie, viéndose sorprendidos se taparon el rostro con un pañuelo y acometiendo a los dueños de casa, lograron ganar otra vez la puerta.

Y perseguidos a tiros de revólver lograron montar a caballo, y salvarse en las tinieblas...

Una hora después llegaban al rancho, donde los esperaba.

Entonces pudo verse a José que lívido, desecado, cayó a tierra exhalando un gemido.

El número 36 se sacó el poncho y vio que su camisa estaba empapada en sangre.

Al ver esto María soltó un grito de dolor inmenso y cayó sobre el herido exclamando:

—¡José! mi José! lo han muerto!

Jamás rugido de fiera fué tan tremendo como el que soltó el número 36 oyendo a María; sin embargo dominando sus iras dijo:

—Vámonos la herida.

Y desnudando el cuerpo de José, pero ibí la herida mas abajo de la tetilla derecha. Entonces sacando su puñal, exclamó con voz fúnebre que llegó al corazón de María como un toque de angustia:

—¡Es preciso extraerle la bala!

Y con la punta de su puñal empezó a dar martillito al herido que se estremecía moribundo.

—¡Bíbaro! gritó María, queriendo arrancarle el puñal.

Pero el número 36 siempre inclinado sobre José le rechazó violentamente e introduciendo poco a poco su puñal en la herida de José, parecía una buena fibra de sangre, gorgoteando en la agónica de su presa.

—¿Sabes que no tropiezo con la bala? dijo con una sonrisa de demonio.

Un ruido de caballos y varias voces lo sorprendieron en esta sombría operación.

—¡Socorro! socorro! gritó entonces María desesperada.

—¡Sí, eh? contestó el número 36. Es preciso que sepas que ya me sospechaba yo, tus amores con José. Toma y vé a reunírte con él.

Y en el momento en que la puerta del rancho se abría y aparecían en él varios hombres armados, María caía bañada en sangre.

Los recién llegados cayeron sobre el número 36 que acababa de dejar su puñal clavado en el seno de su querida.

—¡Ah! es Peralta!... dijo ya nos veremos algun día!

Y cruzó los brazos, dejándose amarrar por el estanciero y sus peones, que lo condujeron al Juzgado.

Cuando se tomaron declaraciones al número 36 recién se conoció lo aventurero de su vida. Había salido seis u ocho estancias, casas de negocio, siendo María la cuarta mujer que arrancaba a su familia.

Condenado a 20 años de presidio, hoy hace zapatos.

A mí nos agradó aquel hombre mucho mas al ver el interés con que miraba al niño y las preguntas que nos hacía respecto a las armas y demás medios de defensa con que contábamos; así fue que cuando se marchó, Gregorio y yo resolvimos redoblar nuestra vigilancia.

—¿Y no pudieron ustedes recoger alguna palabra ni observar nada entre D. Eugenio y el contrabandista?

—Yo por mi parte, no señor; pero Gregorio me dijo después: ¿Sabes Rosendo, que así me llamo para servir a ustedes, que cuando se ha marchado ese mozo le ha dicho el señor conde y a don Eugenio que no pasen enojado que todo se arreglará a medida de sus deseos y en el tono con que lo ha dicho me ha parecido advertir algo de ironía?

—El tal contrabandista, le dije yo, me parece mas bien un asesino de profesión que no un defraudador de los derechos de la hacienda.

—También me lo parece a mí, contestóme Gregorio—y no sé porque se me figura que estamos corriendo el mayor peligro de toda nuestra vida.

—¿Y por qué no hablaron ustedes enérgicamente al conde y don Eugenio? dijo Federico, ¿por qué no se le impusieron ustedes por medio de la fuerza toda vez que tenan a la fuerza de su parte?

—Ya lo hice; yo mismo hablé a don Eugenio; yo llegué hasta el extremo de amenazarle si alguna desgracia le sucedía a doña Matilde y su hijo.

—¿Y qué contestó? preguntó el marqués.

—Se rió de mis temores, que calificó de necedades, y me dijo que la persona que se lo había recomendado era incapaz de engañarlo y que el

FOLLETIN 51

LAS MUJERES DE CORAZON NOVELA DE COSTUMBRES

ESCRITA POR

D. ALVARO CARRILLO

—Esas frases no tienen valor alguno.

—Sí señor, porque al día siguiente, que por cierto era bastante caluroso, entró el señorito Carlos en casa y le dijo a su cuñado:—¿Querás creer Eugenio, que aquí a la puerta de la casa me han quitado el pañuelo del bolsillo?—¿Cómo! exclamó don Eugenio.—¿Y has visto quién ha sido?—Cá, sabe Dios quién y dónde me lo habrá quitado.—Pues chico, nada has perdido, toma otro pañuelo si te hace falta, y dándole y haciéndolo sacó el que llevaba y se lo dio a su cuñado.

En aquel momento recordó las palabras de Mr. Gredin, y una sospecha terrible cruzó por su pensamiento. Faltó a lanzarse sobre el señorito para quitarle aquel pañuelo, pero lo vi limpiándose el sudor, y tanto porque creyó que era tarde para evitar el daño, como porque carecía de una razón para dar un paso semejante, desistió; ¡ojalá! lo hubiese hecho!

—¿Pues qué pasó?—preguntó el marqués cada vez mas interesado en aquel relato.

—Lo que yo debí presumir y lo que fui un torpe en no evitar. Al día siguiente, antes de las veint y cuatro horas, el señorito Carlos había fallecido.

—¿Diablos! exclamaron a la vez los dos amigos será necesario estar constantemente en guardia con ese hombre.

—Sí, señoritos, sí, no se fíen ustedes para nada de él.

—¿Y usted no le dijo nada entonces?

—El médico declaró que había muerto de una insolación, y de qué podía servir mi acusación? Sin embargo, todo se lo dije a Gregorio, y ambos resolvimos estar en guardia para lo sucesivo y aun si era menester avisar a las señoras, que por cierto no eran ya tan felices como creyeran serlo en sus respectivos matrimonios.

—¿Y lo hicieron ustedes?

—Yo avisé a la señorita Rosa Emilia, pero mas tarde y de consecuencia de otro suceso.

Federico y el marqués cambiaron una mirada de inteligencia.

Al decirles el mendigo que la esposa de Eugenio conocía sus crímenes, comprendieron el sentido de algunas de las palabras que éste había dicho.

—Si está usted fatigado, digieron al anciano, puede dejarse para otro día.

—No señor, refiriendo todos estos hechos, me parece que ya comienza el castigo de los miserrables.

—Pues como usted guste.

—Ya puede usted calcular cual sería el desconcierto de la señorita Matilde que en tan breve espacio había visto morir a su esposo, a su suegro y a su padre.

